

CAPITULO III.

POSTULACIONES.

Los incidentes que siguieron fueron muy variados, precipitándose unos sobre otros. Voy á tratar de referirlos.

El dia 4 de Setiembre habia tenido en mi casa un convite de pocas personas, aunque de las más distinguidas de la poblacion, con el objeto de solemnizar el cumpleaños de mi querida esposa: esta circunstancia me hizo faltar toda la tarde de la Secretaría, no sin dejar, como lo tenia de costumbre, instrucciones muy claras á mis subalternos para el despacho de la correspondencia oficial, que estaba toda, como es de suponerse, enteramente á mi cargo conforme á las funciones que desempeñaba.

Durante mi ausencia llamó Azcárate á todos los escribientes de la secretaría y se encerró con ellos en una pieza: me lo avisaron luego, pero no creí conveniente fijar en ello la atencion.

Cuando comenzaba á oscurecer pedí permiso á mis amigos de dejarlos por una media hora y me fuí á la casa de Gobierno para ver si estaba lista la correspondencia que tenia que depositarse en el correo. Se mandaba en una caja que tenia únicamente dos llaves, una en aquella oficina y otra en mi poder. Los sellos estaban á mi cargo en las piezas que ocupaba con mi despacho. Estos y aquellas los habia encomendado por aquella vez al oficial que debia hacer mis veces. Cuando llegué estaba cerrada la caja y en poder del ordenanza que debia llevarla á la oficina postal: pedí la llave para ver sin duda si las piezas estaban completas y me encontré un exceso de cartas marcadas todas con mi sello de secretario, serian 50 ó 60. Las recogí en el acto, y sin sospechar de dónde podia provenir el abuso, comencé á abrirlas: unas estaban firmadas por Azcárate y otras por el Gobernador. Viendo el contenido de una, se comprendia el de todas que estaban calcadas en el mismo asunto: era una especie de circular á las personas de más influencia, en que se les decia que trabajaran por Rubí para Gobernador y por Fulano de tal para vice-gobernador: Fulano de tal era la persona más notable ó más apreciada en cada Distrito. Se hacian promesas, alhagos y hasta amenazas á las personas á quienes se escribia, segun su posicion ó valer.

Yo me quedé confuso, sin saber qué pensar de todo aquello. Nunca habia visto, ni me lo habia imaginado hasta entónces que se pudiera trabajar de ese modo en las elecciones.

Yo era un inocente y aquello me parecía horrible, monstruoso.

Repito que hay necesidad de referir estos pequeños detalles, aunque no tengan interés alguno para el lector, porque de allí nacieron, de allí tomaron su origen las revoluciones que siguieron estallando después en la República.

Primero evoqué toda la claridad que fuera necesaria para mi inteligencia, la cual podía estar ofuscada por una comida succulenta rociada con los magníficos vinos que solamente se conocen en los puertos de mar, que había saboreado hacia dos horas, y encontré que podía darme perfecta cuenta de todo; en seguida sentí que me subían al rostro los oleages de la más exasperante indignación, después recobré la calma y con ella vino el razonamiento.

—¿Cómo es, me preguntaba, que se mezcle en la correspondencia oficial un asunto meramente particular ó por lo ménos que ataca la libertad de los individuos? ¿Cómo es que Rubí, que por más ignorante que sea no carece de sentido comun, se ha dejado imponer por Azcárate hasta el grado de firmar cartas en que á sí mismo se postula para el primer puesto del Estado, de una manera indigna, ó mas bien que eso, ridícula y caricaturesca? ¿Es posible que el amor propio, la ambición política, ó yo no sé qué pretensiones, puedan poner una venda tan espesa en los ojos de ciertos hombres? ¿Por qué no me preguntó este santo señor, como me lo pregunta todo, si era conveniente dar semejante paso? ¿Por qué se han escondido de mí para hacer estas maniobras?

Y lleno de cólera, ó quizás celoso porque no me habían impuesto de aquella intriga, hice pedazos todas las cartas que no estaban suscritas por el Gobernador, que era el único en definitiva que podía dar á su correspondencia privada un sitio, aunque siempre indebidamente, entre la oficial.

Azcárate, que me acechaba, observó lo que había yo hecho, y fué corriendo á comunicárselo á D. Domingo Rubí. Este, prevenido en mí contra por los informes más diabólicos, se vino á las piezas que me servían de despacho particular, en donde me encontraba trabajando y me expuso sus quejas, conociéndose por la seriedad cómica que ponía, lo mismo que por el acento, que su ánimo no estaba tranquilo. Alcé la cabeza, le exanimé durante medio segundo, y comprendiendo de lo que se trataba, le contesté:

—Sí, y he hecho muy bien en detener todas esas cartas que le ha hecho firmar Azcárate, porque me considero en el deber de evitar que vd. se deshonne.

—Hum? me preguntó á guisa de gruñido.

—Una persona que profesa principios liberales, sobre todo hallándose en el poder, no debe recomendarse á sí misma para un cargo que el pueblo tiene libertad de conferir al que considere más digno. Si hubiera varios candidatos y cada uno diera su programa de gobierno, estaba bien que en este formaran sus apologías; pero el escribir cartas privadas como esas, es muy peligroso, porque más tarde ó más temprano servirán para venir á sacar á vd. los colores á la cara. No se necesita sacrificar tanto la dignidad, y

hasta la honradez, á cambio de algunos votos que ni siquiera están asegurados.

—Ese es asunto nuestro....

—En el cual ustedes piensan que hago mal en mezclarme. En efecto, debería ser así, siempre que no fuera el responsable del uso que se haga de esos sellos para marcar la correspondencia oficial, y los cuales están á mi cargo. Mañana será otra cosa muy distinta, mañana ya podrá Azcárate introducir sus cartas, recomendando á los particulares é imponiendo á las autoridades la candidatura que guste..... hoy no, porque yo estoy aquí para no dejarme burlar de nadie. Y como de hoy en adelante sería un verdadero estorbo para ustedes, presento mi renuncia en el acto.

Cogí un pedazo de papel cualquiera, é hice mi dimision con muy pocas palabras.

—¿Qué dirá de esto el general Corona? me preguntó Rubí cogiéndome el papel de las manos con aire indeciso.

—No dirá nada, porque Sepúlveda le habrá informado á estas horas de que soy aquí un hombre inconveniente.

Después de esta escena tuvimos una conversacion de despedida enteramente amistosa. Rubí me confesó que estaba la razon de mi parte, pero me significó que ya se encontraba comprometido y que se le habian avivado mucho los deseos de ser Gobernador. Se puso encarnado por la vergüenza cuando me dijo esto, y más cuando agregó que Azcárate era el autor

de todo y le estrechaba á emplear el poder para hacer triunfar su candidatura.

—Ahora, si vd. está de acuerdo en esto, me dijo, bien puede seguir aquí de secretario.

—Gracias, le respondí. Es cierto que hasta ahora no tengo candidato, y que tal vez vd. hubiera sido el postulado por el periódico que escriben mis amigos en caso de conservarse ageno á la lucha; pero ahora ya es imposible desde que vd. me confiesa que el poder va á tomar en las elecciones una parte decidida: ahora, ni vd. puede ser mi candidato, ni la *Palanca* servirá para otra cosa que para atacar los actos del gobierno si este sigue la marcha que vd. me anuncia.

Al despedirme me dió las gracias por tanto como habia trabajado para dar prestigio á su administracion, reconociendo que me habia conducido como verdadero amigo suyo y con toda la buena fé que se pudiera conceder al mejor hijo del Estado. Estaba en su conciencia, aunque no tuviera palabras para expresarse, que al llegar yo se hallaba su gobierno como en una cloaca, despreciado de muchos y aborrecido de los demás, y que al dejarlo se encontraba ya considerado y respetable, principalmente por el acatamiento que todos nos habiamos acostumbrado á rendir á la ley y la moralidad.

A la vez que esto sucedía, una media docena de zánganos, de esos que nunca faltan en las poblaciones de cierta importancia, ganados por Azcárate, lanzaban vociferaciones contra mí en el seno de un club que se acababa de establecer, festejando mi salida de

la Secretaría de Gobierno que la consideraban como el fruto de sus trabajos. Los que mas gritaban, como sucede siempre, eran los que mas favores me debian.

Libre de toda traba oficial pude consagrar mis esfuerzos periodísticos en favor de la ilustracion del pueblo sinaloense, al cual por primera vez se le explicaba lo que podia significar en un pais republicano el acto grandioso de depositar el voto libre en las urnas electorales.

Los partidarios de D. Angel Martínez emplearon la táctica mas delicada para llevarme á su lado con el círculo de mis amigos. Deliberamos éstos y yo, y convenimos en que si bien el general Martínez no era un hombre instruido, ni reunia otras dotes que se buscan siempre en un gobernante, tenia mas buen sentido propio que Rubí, mejores maneras, y un círculo de personas escogidas, compuesto de comerciantes de crédito, abogados entendidos y militares valientes.

Era la candidatura más simpática, y á ella nos adherimos los que buscábamos un campeón para defender las libertades públicas y las instituciones amenazadas. Acababa de expedirse la convocatoria general, y un grito unánime de indignacion habia respondido contra las disposiciones anticonstitucionales que introdujo en ellas el ministro Don Sebastian Lerdo de Tejada. Daba el voto activo y pasivo á los clérigos, y establecía el veto en favor del gobierno contra la representacion nacional, añadiendo á esos otros ultrajes al sentimiento público, que se recibieron como los más claros síntomas de un amago de dictadura.

Toda la prensa liberal tomó á su cargo combatir esas ideas, que venian á esterelizar los sacrificios de la revolucion.

Consideré que un periódico bisemanal era poco, y tomé á mi cargo la redaccion de otro del género jocoso, al cual puse por nombre *El Diablillo Colorado*. Su solo título fué un triunfo para el periódico, recibíendosele por el público sinaloense con verdadero entusiasmo. Cada una de las ediciones era agotada, y yo mismo no lo pude coleccionar. Hoy no tengo sino algunos números del *Diablillo Colorado*, tres ó cuatro por todos, habiéndose publicado más de cincuenta.

Sea como fuere, los dos periódicos que yo dirigia dieron animacion á la lucha, y tras ellos se fundaron, postulando tambien á Martinez, *La Sombra de Rosales*, *El Ciego Liberal* y *El Tribuno*. El *Periódico Oficial* sostenia con todo descaro la candidatura de Rubí.

Mientras de esta manera se organizaba la lucha electoral en los Estados, preocupándose tanto con los intereses locales que poco se ocupaban del general, D. Benito Juarez y Lerdo de Tejada se estaban aprovechando de tal circunstancia para asegurarse en el poder. La convocatoria sin embargo, les habia levantado buena polvareda, y sus figuras empezaban á ofuscarse ante las de los nuevos héroes llenos de una aureola gloriosa, que habian aparecido en escena. Entre ellos, desde léjos adiviné á dos que me parecieron los que reunian mejores condiciones

para servir lealmente á la patria. Sus nombres me hacian estremecer de alegría, y el relato de sus hechos y nobles hazañas hacian desbordar mi entusiasmo. Yo fuí entónces el primero en toda la República, que designé sus nombres populares como candidatos, postulando en mis dos periódicos, para presidente de la República al C. General Pofirio Daiz, y para presidente de la Corte Suprema de Justicia al C. General Vicente Riva Palacio.



CAPITULO IV.

PREPARATIVOS ELECTORALES.

Se hizo en Sinaloa para asegurar el resultado del voto público lo que despues se ha vuelto una costumbre general y que entónces nos llamó muchísimo la atención: removieron á todas las autoridades que consideraron indecisas, poniendo en su lugar á los amigos y paisanos de Rubi, de quienes no era posible, en cuanto á adhesion, abrigar desconfianza alguna: entre éstos muchos habia que no conocian la O por lo redondo. Los agentes electorales empezaron á recorrer los distritos yendo entre ellos el mismo gefe de Hacienda, empleado federal, D. Atanasio Aragon.

Nosotros, para contener aquel desbordamiento de intrigas, no teniamos á nuestra disposicion mas que una media docena de periódicos y el buen sentido de los pueblos que se habian declarado en favor de nuestro candidato. ¡Bien poco por cierto tratando de luchar con un poder organizado!